

EL CAMPO INTELECTUAL DE LA EDUCACION**Ingrid Müller de Ceballos***

Humberto Quiceno Castrillón. *Los Intelectuales y el Saber*. Universidad del Valle, 1993.
Humberto Quiceno Castrillón. *Michael Foucault y el Pensamiento Francés Contemporáneo*.
Mario Díaz Villa. *El Campo Intelectual de la Educación en Colombia*. Universidad del Valle, 1993.

La Universidad del Valle me hizo la gentileza de invitarme a participar en esta fiesta de la inteligencia. Se trató de la presentación de dos obras de profesores suyos, editadas casi simultáneamente por su centro editorial: un libro de Mario Díaz, "El Campo Intelectual de la Educación", impreso en el mes de noviembre, y otro de Humberto Quiceno, "Los Intelectuales y el Saber", impreso en diciembre de 1993. Lo de la simultaneidad es importante, porque los dos libros tienen mucho más en común que sus fechas de impresión: similitudes de origen, de objetivos y fines, y parcial coincidencia de temas. Ambos tienen en Michel Foucault un término de referencia, el primero parcial, el segundo total; ambos tratan de aclarar y hacer explícitas posiciones de lucha, en la teoría y en la práctica, sobre el tema de los intelectuales. En cuanto a esto último, las fechas pudieron ser invertidas: primero Humberto Quiceno, por la generalidad del tema, después Mario Díaz, por su especificidad.

Para Foucault, dice Humberto Quiceno, "el intelectual es una figura, personaje o institución que tiene que ver con cierta voluntad de saber y relación de poder" (p. 9). Por eso Humberto Quiceno presenta a lo largo de su libro las raíces históricas de "los intelectuales", "en la lucha política. . . aquellos que hablan en nombre de la verdad, de la democracia. . . de las ideas..., de las nuevas significaciones sociales, puestas en juego contra las autoridades, el Estado. . ., la mentira, la injusticia" (p. 13). Los primeros "intelectuales" son "grupos de estudiantes, maestros, escritores y universitarios, que. . . salen a la luz pública para manifestar su inconformidad con la política oficial y plantear sus puntos de vista" (p. 15).

"Estos sujetos del saber o del conocimiento. . . devienen hombres políticos" (p. 17). A ellos pertenecen en primer lugar los "intelectuales universales" (p. 47), que se definen como portadores de valores universales, cuya voluntad de verdad es un sistema de exclusión de los discursos "falsos" en nombre de los "verdaderos" (p. 46). Son moralistas que en nombre del saber dogmatizan y a través de sus dogmas, de pretendida validez universal, participan ellos mismos del ejercicio del poder (p. 59). Pertenecen en segundo lugar los "intelectuales de izquierda", para los cuales el poder es algo que posee la clase dominante, encarnado en el Estado, que actúa como aparato de represión ideológica. Su tarea es luchar por arrebatar el poder del Estado a la burguesía; sus instrumentos el choque y la resistencia, sus armas los movimientos de masas y la huelga general (p. 150). Normalmente se trata de los inte-

* Investigadora del CIUP. Doctora en Educación Comparada de la Universidad de Hamburgo.

lectuales comprometidos. Y en tercer lugar está el “intelectual específico”, género al cual pertenece el mismo Foucault, que lucha “en sectores determinados, desde su sitio y sus condiciones de trabajo”; es decir, en una conciencia de saber y una voluntad de poder mucho más concretas y más inmediatas. El científico y el experto son su prototipo, porque la conciencia de su relación con el saber de que son portadores les confiere cierto poder que, una vez consciente, los coloca en una situación privilegiada para luchar. Las ciencias físicas y las ciencias biológicas fueron el campo de formación del intelectual específico (p. 158), mientras el campo privilegiado de los intelectuales universal y de izquierda fueron las ciencias humanas. Sobre el modo de ser de éstas y en el supuesto de la prelación de la teoría sobre la práctica, que resulta ser la aplicación de la teoría, se fundó un humanismo que “se caracteriza esquemáticamente por privilegiar, en general, los problemas que afectan al hombre antes que al poder” (p. 222). “Es el humanismo que ha inventado soberanías como las de la conciencia, el individuo como titular de derechos, la libertad, la verdad, la razón” (p. 223).

Mientras que “el papel del intelectual específico consiste en denunciar el poder allí donde éste se ejerce; en volverlo visible donde es invisible; convertirlo en público cuando quiere ser secreto. . .; mostrar las formas que utiliza, los instrumentos en los cuales se apoya, las modificaciones en que se encubre, los mil rostros que utiliza; en fin, atacarlo directamente en el lugar preciso” (p. 214); pues “el poder es una matriz general de relaciones de fuerzas —dominación, disciplina, control, producción—, que operan en un momento preciso en la sociedad. . .”. El poder “no es la violencia que se ejerce; es el nombre que se da a una situación estratégica dada” (p. 166). El objetivo del intelectual específico debe ser, “en el campo de la teoría, la elaboración de un saber que funcione para atacar el poder con eficacia”; en la práctica, inventar modos de vida, de existencia, según criterios immanentes, de acuerdo a posibilidades de libertad y sin apelar a valores trascendentales” (p. 224). Humberto Quiceno se limita a la presentación de los intelectuales y la caracterización de los tipos de intelectuales, exponiendo comentadamente a Foucault. No obstante, cierta preferencia expositiva por el intelectual específico, él mismo no toma partido en la lucha en que se ubica y se determina el intelectual.

Mario Díaz en cambio, desde su sitio y sus condiciones de trabajo, en la conciencia inmediata y concreta de su saber de investigador, plantea el problema del discurso educativo y el saber pedagógico como de “un sistema de acción entre múltiples fuerzas, afectadas por el sistema de relaciones sociales”, en el cual se deben “estudiar las tensiones que surgen entre los grupos de intelectuales, académicos y profesionales que se enfrentan unos a otros por la autonomía discursiva, en algunos casos, y por la hegemonía, el estatus y el poder, en otros” (p. 9). Ello exige “establecer el espacio discursivo legítimo”, esto es, específicamente propio de la educación. Mario Díaz recurre a la metáfora espacial de “campo”, en la cual hay implícito “un pensamiento estratégico” (Foucault), y llama “Campo Intelectual de la Educación” al campo de producción de discursos educativos como “un dominio discursivo-político que tendría efectos de control sobre la producción, distribución y circulación de su discurso, dotado de una cierta autonomía social” (p. 10). Con esto Mario Díaz asume, desde el principio, el campo de su quehacer educativo como campo de lucha del intelectual específico: “El [primer] capítulo busca esbozar de manera provisional las consideraciones conceptuales que orientan nuestro estudio. Estas giran alrededor de los conceptos de campo, campo intelectual de la educación, campo pedagógico y campo de recontextualización oficial (agencias pedagógicas del Estado). Con estas categorías pretendemos explicar cómo el campo educativo es un escenario de luchas internas por la

hegemonía de grupos de intelectuales que pugnan por el control de las posiciones y las orientaciones discursivas en el campo, y un escenario para la recreación de los conflictos del —y con— el campo político” (p. 11).

Con el propósito de establecer y dar a conocer las condiciones históricas y sociales que han hecho posible la existencia del Campo Intelectual de la Educación en Colombia, Mario Díaz expone la labor de los intelectuales de la educación a partir de los años sesenta, es decir, en los tres últimos decenios. En su exposición aparecen con claridad crítica la sociología de la educación en la primera etapa (años 60), la pedagogía antropológica en la segunda (años 70), las incursiones iniciales en la epistemología de la educación y las excursiones en busca de una pedagogía científica, históricamente fundada, en la tercera etapa (años 80). Y presenta, en referencias críticas a sus obras, el escenario dialéctico (diálogo es logos que va y viene) de los intelectuales de la educación en Colombia, y sus discursos, los textos y libros escritos por ellos. Sujetos y discursos llenan el campo educativo en sentido estricto, en el que se producen” las ideas y se generan los comportamientos, por contraposición a las prácticas “de reproducción”, que incluyen la transmisión de las ideas, reelaboradas o no, y los comportamientos institucionales, en los cuales se facilita la adopción de posiciones de dominación a través de la divulgación de textos al público o por medio de la enseñanza en las escuelas o en otras agencias del Estado (en donde se hace la recontextualización de los discursos). Prácticas y recontextualización, por contraposición al campo educativo en sentido estricto, constituyen el “campo pedagógico”. Ambos campos, el educativo y el pedagógico, determinan el Campo Intelectual de la Educación.

Pero o^{uec}1a aún por determinar —y ésta es, en el Campo Intelectual de la Educación, tarea de los investigadores— y poner al descubierto quiénes son los detentadores del poder, político, económico y cultural, aún en el caso de que estos detentadores del poder ejerzan su dominación camuflados bajo la forma de la dominación estructural, que en el campo educativo y pedagógico se ejerce descubiertamente a través de normas legales o de moral social, que regulan los currículos; o encubiertamente por medio de mecanismos tan sutiles como los del control del mercado cultural.

En el libro de Mario Díaz tienen importancia, porque hacen parte de la dinámica histórica del Campo Intelectual de la Educación, los conflictos de clase, la reestructuración del sistema educativo y sus cambios institucionales, la relativa autonomía del campo de la educación, especialmente de la educación superior, en relación con el campo político. En este primer volumen, porque “la investigación apenas comienza, ocupa el mayor espacio el campo pedagógico, que es una vía de acceso a un problema central del Campo Intelectual de la Educación, el de la modernidad, por contraposición a la tradición, tema que preocupa de nuevo a los intelectuales que trabajan en la educación en Colombia, y es término de referencia actual en las universidades del país.

Con sus publicaciones la Universidad del Valle le está mostrando al país que en Colombia se puede hacer la universidad investigativa. Ella dispuso, desde el año pasado, por Acuerdo de su Consejo Superior, la constitución de grupos institucionalmente organizados para el trabajo de investigación en equipo —de hecho ya existían en algunas de sus áreas científicas y profesionales -, la integración a ellos de sus mejores estudiantes, y la opción de aceptar y aún buscar ayuda financiera externa, para apoyar la labor de los profesores y sus grupos organizados de investigación, especialmente para el trabajo de campo, a través del cual la Universidad del Valle ha aspirado siempre, y con seccionales en varias ciudades, a

orientar y dirigir el desarrollo del Departamento. Por eso otros departamentos le han solicitado asistencia técnica para organizar sus sistemas departamentales de educación (por ejemplo Santander, Huila, Boyacá).

No está fuera de lugar recordar que la primera universidad investigativa, la Universidad de Berlín, creada en 1810, fue la gran impulsora de la formación de una conciencia nacional; y que en ella fueron profesores hombres de ciencia, que eran también hombres de Estado, vivamente preocupados por las reformas políticas. "Porque también y especialmente la política debe ser conducida por hombres que se guíen por la idea" (Schelling). Libros como los que hoy publica la Universidad del Valle invitan a participar, en la creación teórica y en la acción práctica, con la autoridad que tienen los intelectuales, en las decisiones de la misma universidad, del Departamento y del país. Sin olvidar que esta participación representa en la lucha las posiciones de la ciencia, tiene el valor de las ideas, y exige la altura de la inteligencia.

